

Paquete 1^o

n^o 8

~~7-10~~

N^o 117

Turquí

(Seg 2^a - P. 1^a)

Oracion fúnebre de la emperatriz
Maria Teresa.

111

111

ORACION FUNEBRE

EN LA GLORIOSA MUERTE

DE LA AUGUSTISIMA EMPERATRIZ

MARIA TERESA

REYNA DE HUNGRIA Y DE BOHEMIA,

ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA

&c. &c. &c.

C O M P U E S T A

POR EL P. ADEODATO TURQUI,

CAPUCHINO,

PRECEPTOR, Y CONFESOR

DEL REAL PRINCIPE, Y REALES PRINCESAS

DE PARMA.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

Por D. DIONISIO SAENZ GALINSOGA, Cura propio
de la Parroquia de la Villa de Menasalbas.



M A D R I D.

POR D. PLACIDO BARCO LOPEZ.

M DCC LXXXIV.



HTCA
U/Bc LEG 2-1 nº117



1>0 0 0 0 2 6 4 5 9 7

ORACION FUNERARIA
EN LA GLORIOSA MUERTE
DE LA AUGUSTISIMA REINA
MARIA TERESA
REINA DE HUNGRIA Y DE BOHEMIA,
ARCHIDUCESA DE AUSTRIA
POR EL P. ADEODATO TURQUE
CAPUCHINO,
PRECEPTOR, Y GOBERNADOR
DEL REAL PRINCEPE Y REALES PRINCESAS
DE PARMA.
TRADUCIDA EN CASTELLANO
POR D. DOMINGO GARCIA GONZALEZ, CATEDRATICO
DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.



MADRID.
POR D. FRANCISCO BARRIO LOPEZ.
M DCC LXXXIV.

DONEC SURGERET DEBBORA, SURGERET MATER
IN ISRAEL.

Judic. cap. 5. v. 7.

Al funesto aviso de la muerte casi repentina de la Emperatriz MARIA TERESA la Europa toda se sobresalta, y aparece triste, y pensativa sobre la suerte que le espera. Nosotros, nosotros mismos la hemos mirado como una universal calamidad, la hemos sentido como golpe de rayo, que á nuestros pies cayendo de improviso, nos dexa atónitos, é inmóviles. Quién hubo á la sazón, que entre sí á lo menos no dixese: Ve aquí una de las mas grandes, y mas cumplidas Reynas del Universo súbitamente trasladada del trono al sepulcro, de la opulencia á la desnudez, y de la grandeza al polvo, y á la nada. O juicios de Dios, ¡quán breve es la vida aun en los Príncipes justos! quán falso el resplandor mismo del trono! ¿Pero de verdad tan clara, y constante hemos recavado algun provecho para mejorar nuestras conductas? Parece este el destino de los hombres, que en la muerte, especialmente de los

4
los buenos Príncipes , recuerde en sus espíritus con toda la fuerza de sus máximas la christiana filosofia : mas parece tambien ser este el destino de los hombres , que recobrados apenas de su sorpresa , vuelvan á ser lo que antes , y que se sepulsen sus consideraciones de muerte aun mucho antes que se sepulsen los cuerpos mismos. Siguen luego los panegíricos , y los elogios de los Soberanos difuntos , y excítase luego en nuestro corazon el maligno placer de contradecirlos. Y mientras los Oradores se esfuerzan á hacerlos comparecer mas que Héroes , buscamos el modo de persuadirnos á que fueron menos que hombres.

Armese con todo esta vez , y empéñese en esparcir sobre la vida de MARIA TERESA su venenosa linfa la humana malignidad , la envidia , y la maledicencia , yo no temeré alabar á una muger , que no tuvo menos en abono de su virtud , que el testimonio de un mundo entero.

¿ Y quien podria temer , quando hablan aun hoy tan alto las lágrimas , y los gemidos de sus desconsolados pueblos ? Volved al rededor la vista , y ved cuántas gentes , cuántas Naciones de la Drava al Istro , del Istro al Eridano sumergidas en la mas profunda tristeza rompen el ayre con sus lamentos

fos , y exclaman inconsolables : *No hay mas sino que hemos perdido á nuestra Madre , á nuestra Madre amadísima. ¡O elogio á todas luces grande ! elogio el mas cumplido , verdadero , y sólido ! porque á la adulacion no dan cabida el llanto , y los lamentos de los Súbditos en la muerte de sus Soberanos. Siglo feliz , por la divina Providencia reservado hasta que naciese la nueva Débora , y la Madre del pueblo de Israel se levantara : Donec surgeret Debbora , surgeret mater in Israel. Y ¿ porque tan improvisamente hacer funesto tu curso , y no girar contigo , por lo menos hasta el término de tu carrera , una vida tan preciosa ?*

SÍ , MARIA TERESA fué la verdadera Madre de sus pueblos. Tres son las qualidades que deben asistir á una Soberana que quiera merecerse el dulce nombre de Madre de sus pueblos : Valor para defenderlos , Gobierno para hacerlos felices , Piedad para edificarlos. MARIA TERESA prudente en su valor , justa en su gobierno , esclarecida en su piedad. Su valor fué la defensa de sus pueblos , su gobierno la felicidad de sus pueblos , y su piedad la edificacion de sus pueblos.

Esta es la suma del elogio que de vuestro orden , para mitigar , no sé si diga , ó bien

bien para acrecentar vuestro dolor acerbo, ó digna Hija de tanta Madre: esta es la suma del elogio que me preparo á disponer á la siempre augusta, siempre grande, y siempre inmortal MARIA TERESA, Emperatriz de Romanos, Reyna de Hungría, y de Bohemia, Archiduquesa de Austria &c. &c. &c.

La defensa de los súbditos quando son amenazados de alguna contraria Potencia, es indubitable ser la principal obligacion de un Rey, y el primer pacto del convenio social, y la basa de toda Soberanía. Sin una tal defensa no son los Imperios otra cosa, que hurtos illustres, brillantes asesinatos. Aquel que mejor sabe defender, merece solo mandar. Si se quiere que David haya defendido al pueblo mas que yo, decía Saul, es claro se quiere que el Reyno sea suyo mas que mio. Mas ¿cómo podrá jamás decirse, Señores, que el valor de los Príncipes sea la defensa de los pueblos, quando parece deba antes decirse ser el valor de los pueblos la defensa de los Príncipes? El Soberano no es mas que un hombre, no tiene mas fuerzas que de un solo hombre, y no puede seguramente por sí solo hacer frente á millares de agresores que insultan sus Dominios. Diré. El Príncipe, como cabeza de toda la sociedad, reúne en sí

mis-

7
mismo las fuézas. El solo es el principio,
el movimiento , y la alma directiva. Enton-
ces pues debe decirse que defiende á sus pue-
blos con valor , quando á vista del inminente
peligro no desmaya , ni acobarda , sí antes
bien lleno de un prudente , y generoso ardi-
miento , enciende el marcial espíritu de los
pueblos mismos , lo aplica , y lo encamina á
la comun utilidad.

Mas ni aun todo esto basta. Es neces-
ario ademas , que el Príncipe sea totalmente
amado de sus pueblos , y que estos comba-
tiendo por su gloria , estén íntimamente per-
suadidos , y convencidos de que combaten
por la misma salud de ellos. Es necesario,
que mientras el Príncipe dirige las fuerzas
del pueblo para la conservacion de sus Do-
minios , vea el pueblo con toda claridad,
que las tales fuerzas no se emplean á pro-
vecho de solo el Príncipe , sí por la seguri-
dad , y felicidad del pueblo mismo. De aquí
es , Señores , que el principal arbitrio de los
buenos Príncipes para la defensa de los pue-
blos , es el amor de los pueblos mismos
para con sus Soberanos. Un pueblo oprimi-
do no quiere ser defendido por un tirano
que le oprime. Considera al Príncipe como
á un pastor sin corazón , que defiende su
grey , no por amor de la grey , sí porque
quie-

quiere él solo despojarla , y á su placer él solo devorarla. De aquí es , que en ciertas revoluciones quieren mas bien los hombres mudar de Señor , que exhibir al despotismo sus servicios , de los quales no deben esperar otra recompensa que la imposicion de nuevas cadenas. En este sentido dixé yo de nuestra Emperatriz , que la prudencia de su valor fué la defensa de sus pueblos.

Cumplidos apenas quatro lustros sube al trono , y se ve al frente de una vastísima Monarquía. Pueblos numerosísimos , de clima , de índole , de lenguas , y de costumbres diversas. “Estos pues , dice ella , son mis hijos , y yo debo ser su Madre : dadme , ó Señor , corazon para defenderlos , y hacerlos felices ; mas un corazon recto , y prudente: *Dabis ergo ancillæ tuæ cor docile.*” Vuelve al rededor la vista , y echa de ver allá en la Hungría , que humeaban aún las cenizas del rebelde Ragotzki. Una Nacion en fermento por amor de su libertad : hombres intrépidos , espiritosos , é indóciles á otro yugo que al de la razon , quieren ser gobernados como hombres , no como esclavos. “Está bien , les dice MARIA TERESA : desde este punto reconoced en mí , no ya á vuestra Soberana , sí á vuestra Madre amorosa. Vuelvo á daros vues-

” tras

9
"tras Leyes , os aseguro vuestros Privile-
"gios , y os los aseguro con juramento : y si
"falto á mi palabra , volved contra mí misma
"vuestras armas , sin temor de ser capitula-
"dos de rebeldes."

Con todos sus pueblos habla , y obra del mismo modo : donde disminuye los tributos , donde restituye á las Ciudades sus perdidos honores , donde substituye á los crueles , y voraces , los humanos , y discretos Gobernadores. Todos respiran finalmente ; y sorprendidos del regocijo , y de la admiracion , parece no aciertan á creer lo que ven , y lo que tocan. Deplorable argumento de nuestra mísera humanidad , llegar á graduarse de novedad una tan justa , y razonable conducta de MARIA TERESA.

Pero mientras nuestra dulce Madre se desvela toda en hacerse amar de sus pueblos , sus pueblos mismos son amenazados , y asaltados de una de las mas terribles guerras que vió jamas la Europa. La mayor parte de la Germania , de la Guadiana á la Girona , y hasta donde reconoce el Pó su nacimiento , todos se coligan para atacar , ó destruir , ó dividir , si sea posible , la Austriaca Monarquía. ¡A que término tan funesto no suelen llegar aun los mas justificados Soberanos quando son rodeados de Minis-

b tros

trós ambiciosos , que quieren hacerse hombres de importancia , y asegurar sobre las públicas calamidades su fortuna ! Formidables numerosos exércitos ya ocupan el centro de la Silesia , Bohemia , y Austria ; Viena misma es amenazada , y vense correr ufanos hasta sus puertas los destacamentos enemigos.

Qué terrible situacion para una Princesa jóven , diré mejor , para una tierna Madre, que considera expuestos á todo género de estragos , y violencias á sus hijos inocentes ! Como del fatal golpe de un rayo aterrada , y sorprendida , lo imagina en este instante perdido todo : así escribe á la Duquesa de Lorena : " Todo es perdido ; y yo no sé » si me quedará una sola Ciudad en que dar » á luz con seguridad la prenda que tengo » en mis entrañas ." Mas Dios la toma por su cuenta , y siente poseido su corazon de nuevo superior aliento. Digno espectáculo al Cielo , y á la tierra verla en tanto conflicto luchar , y batirse invencible con su contraria suerte.

Sale quasi fugitiva de su Corte : pero ¿ adonde se encamina ? Oid un rasgo del valor mas prudente. Vedla en Presbourg , en donde congregados los Estados del Reyno , con aquella modesta franqueza que suelen inspirar á una Madre la inocencia , la ternura,

y

y la justicia , colocando en los brazos al Cesar reynante , infante á la sazón de pocos meses , preséntase sola , y así habla á aquellos Grandes : “Desamparada de mis amigos , oprimida de mis enemigos , perseguida de mis deudos , no tengo mas amparo que vuestra fidelidad , vuestro amor , y el valor mio. Pongo en vuestras manos la hija , y el hijo de vuestro Rey.” No bien acaba de hablar , quando se ven en aquella gran sala brillar desnudos los aceros , y se oye un clamor universal , hijo del mas tierno entusiasmo : “Vamos todos á morir por la defensa de nuestro Rey , MARIA TERESA.”

Ved aquí , Señores , el premio de un Soberano que sabe hacerse amar de sus súbditos. Toda la nobleza de Hungría , toda la Nacion se hace á las armas ; se da libertad á los esclavos , y estos corren presurosos á alistarse. Vuela por todos sus Dominios la fama de su peligro , de su valor , y de su amor á los pueblos ; y de la Croacia , de la Esclavonia , y hasta de la Drava aquellos hombres salvages , y feroces se conmueven , y enardecen ; se arman á competencia , y llevan á los enemigos de la Reyna el terror , y la desolacion. El Clero , la Nobleza , la Plebe misma , todos de corazón le ofrecen gentes , y dinero , bien persuadidos á que la

cau-

causa de MARIA TERESA era la causa de ellos mismos, como la causa de una madre es siempre la causa de sus hijos.

En tanto nuestra Heroína negocia alianzas con las Cortes extrangeras; y quando una gran parte de la Europa desea verla reducida al último extremo, toda la demas la ama, y adora. Tan generosa en rehusar los subsidios que le franqueaban los particulares, como atenta, y benigna en agradecer los que destinaba la pública autoridad, viene por último al término feliz de restaurar todas las cosas. Sus enemigos son vencidos, y auyentados, reconquistadas sus perdidas Provincias, invadidos de sus exércitos victoriosos los Estados de sus perseguidores, y despues de varios acaecimientos, ya prósperos, ya adversos, obliga MARIA TERESA á ser los primeros en asegurarla en sus Dominios aquellos mismos que habian sido antes los primeros á encender un tan gran fuego en Europa para destronarla. Y allá finalmente en Francfort, á despecho, y pesar de las Potencias enemigas, en presencia de un exército formidable, que en vano amenaza, coloca en las sienes de su Augusto Esposo la Imperial Diadema, y es la primera á levantar la voz desde una alta galería, y exclaman, *qué VIVA EL EMPERADOR DE ROMANOS.*

Glo-

Gloriosas empresas , Señores , para nuestra Heroína , pero que jamas se hubieran conseguido , si no hubiese sido su valor tan acertado , y prudente en colocar hombres grandes á la frente de sus tropas , como en ganarse el amor , y estimacion de sus pueblos. Los Príncipes no pueden hacerlo todo por sí mismos : tienen necesidad de los talentos , de las luces , y de la actividad de sus súbditos. Esta es la excelencia suprema de un Soberano : saberlos conocer , saberlos escoger , y sabérselos atraer. Son famosos en la Historia Militar de este siglo los nombres de un Wallis , de un Seckendorff , de un Neuperg , y de un Daun : mas los primeros fueron libertados de las prisiones , y colocados á la frente de los exércitos : los otros fueron promovidos á cargos grandes luego que puso nuestra Emperatriz el pie en el trono. MARIA TERESA supo conocerlos , supo escogerlos , y supo ganarse su aficion en tal manera , que fueron la defensa de sus pueblos , la basa de la Corona , y la gloria inmortal de la Soberana.

Pasados bien pocos años de paz , se levanta mas furioso que nunca nuevo torbellino de guerra ; y despues de una señalada victoria conseguida por sus enemigos baxo los muros de Praga , Praga misma bloqueada,

da, y batida, está á punto de caer, y envolver en su ruina á toda la Austria, añadiéndose á esto el peligro de la Imperial Familia, y un nuevo orden de cosas tan funestas para MARIA TERESA, quanto perniciosas á sus pueblos. Es necesario librar del asedio la Capital de la Bohemia, y salvar al mismo tiempo una gran parte del ejército vencido, con muchos Príncipes que están dentro de ella. "Id, dice esta gran Mu-
 »ger al Mariscal Daun, y justificad mi elec-
 »cion con vuestro valor: os acompaña la
 »gloria de mi nombre, la preservacion de
 »mi familia, y la defensa de mis pueblos."

El valeroso Caudillo hace frente á su enemigo. ¿Y que enemigo? Un Rey guerre-
 ro, y Filósofo, que por su vigilancia no da lugar á la sorpresa; que á los talentos de gran Capitan une en el mas eminente grado las dotes de gran Político: osado muchas veces en sus proyectos: mas fecundo de nuevos medios para reparar sus mismas pérdidas: siempre despierto, siempre laborioso, siempre activo: General, y Soldado en lo fuerte de las batallas: un enemigo para decirlo todo, de quien la posteridad dudará siempre si fuese mas grande en la arte de destruir, ó en la de felicitar al género humano.

Ya comienza el ataque. El violento em-
 pu-

pujé de los batallones Prusianos trastorna, deshace..... ¡O Dios! Volvamos á otra parte los ojos. Me horrorizo, Señores. ¡Quantas víctimas, quanta sangre en siete horas del mas furioso combate! ¡O hombres, que sois todos hermanos! ¡O siglo de la humanidad, y de la filosofia! Esperemos temblando el éxito de un conflicto, de quien depende la suerte de tantos pueblos.....

Mas ved al Genio de la Austria, que batiendo sus alas victoriosas, se encamina á la Imperial Corte, y habla así á MARIA TERESA: "MARIA TERESA, has vencido: »el dia es de Daun. El enemigo huye desordenado, pasa precipitadamente el Elba, »y Praga queda libre del asedio." Levántase á tan fausta noticia la Emperatriz, alza los ojos al Cielo, deshace su tierno corazon en accion de gracias al Dios de las Batallas: y sin desayre en modo alguno de la magestad, ni detrimento de su grandeza, pasa despues ella misma á casa de la Mariscala Daun, le echa los brazos al cuello, y destilando sus ojos lagrimas de agradecimiento, y de placer: "Querida Mariscala, le dice, »hemos vencido, y despues de Dios, soy »á vuestro esposo deudora de la victoria."

Pocas palabras, Señores; pero que dan á conocer el bello corazon de MARIA TE-

RE-

RESA, la grande arte que poseía de gobernar, y la prudencia de su valor para ganarse la afición de los hombres grandes. Pocas palabras; mas ¿qual será aquel súbdito que al oirlas, no sienta su corazon poseido del mas vivo deseo, y complacencia de sacrificar la vida, y la sangre por su Soberano? ¡Ay de aquellos Poderosos que se lisongan de que á ellos les es debido todo, y que ellos nada á alguno deben: que el honor de servirlos es muy bastante á dispensarlos de los sentimientos de gratitud! El mérito grande, y señalados talentos no se hicieron para los tales. ¡O Príncipes! conoced vuestros intereses. Una palabra halagueña, un rasgo de sensible reconocimiento, una distincion de honor es una cadena de oro fino que os tiene ligado el corazon de un hombre grande, el qual se considera que no vive mas que para vos. Pero si no hicieseis caso de quien bien os sirve, será sin duda vuestra suerte el ser siempre mal servidos.

No contenta con solas palabras nuestra Emperatriz, expide al Mariscal Daun una absoluta facultad de promover á quien fuere de su agrado á los mas eminentes grados de su Milicia. Mas á Daun agradaban solamente los servicios, los talentos, el mérito, y la virtud. Y para perpetua memoria de

de tan insigne victoria , fundó la excelsa Heroína el Orden Militar de MARIA TERESA ; y en el acto mismo de condecorar con sus insignias á aquellos generosos Campeones que se distinguieron mas en la expedicion de Chotemitz , estableció como ley fundamental de la nueva Milicia , que todos en lo por venir, hasta el último de sus soldados, de qualquier nacimiento , patria , ó condicion que fuesen , pudiesen ocupar honorífico lugar en esta Orden. Basta solo señalarse en las empresas militares con alguna accion verdaderamente útil , y gloriosa : medio infalible para hacer perenne en sus exércitos la sucesion de hombres grandes.

Despues de tanta tormenta amanece finalmente para consuelo de toda la Europa un claro hermoso dia de serenidad , y de paz. Se deponen las armas : las Potencias beligerantes se restituyen en recompensa sus conquistas ; y vienen á quedar todas las cosas en aquel estado mismo en que se hallaban al principio. Ved el fin que hoy tienen de ordinario las guerras de Europa ; vencidos , y vencedores empobrecerse , y destruirse , para dexar las cosas como estaban primeramente.

Vosotros , que en lo interior de un Gabinete , ó aconsejais , ó contextais una decla-

ración de guerra , suspended algún tanto la pluma , y reflexionad. Si vuestra guerra no es justa (y no podrá serlo , si no se reduce claramente á una justa defensa) , si vuestra guerra no es justa , ¿ que otra cosa será ella en la realidad , sino es una violación solemne de todos los derechos de la Religión , de la Sociedad , y de la Naturaleza ? Por satisfacer la ambicion , por acrecentar el dominio , por contentar la vanidad , por un amor mal entendido de gloria , hacer perecer millares de hombres , inundar los campos de sangre , y reducir al último exterminio las Ciudades inocentes. ¿ Como responderéis á Dios de tantos males ? Los leones , y los tigres no combaten entre sí , sino es por sola la necesidad de alimentarse. El hombre solo , con alegría de corazon , sin necesidad , ni justa causa , vuela á la destruccion de sus semejantes , y todo manchado en la sangre de sus hermanos , va á entonar himnos de agradecimiento al Dios de la Paz , por haber exterminado un no pequeño número de sus hijos. ¡ Y son todavía las conquistas objeto de gloria , y los Conquistadores depósito de nuestra estimacion , y aprecio , y se proponen aún como modelos á los Príncipes jóvenes , para estimular sus espíritus al heroísmo ! MARIA TERESA jamas amó otra conquista-

quista que la del corazón de sus súbditos; y podrá decirse para inmortal gloria suya, que en todas las guerras que sostuvo fué siempre provocada, y que jamas provocó.

Por tanto, como buena Madre, escogió muchas veces antes perder de su derecho, que sacrificar la vida, y derramar la sangre de sus hijos. "Mas quiero, decia, conservar uno solo de mis súbditos, que destruir mil enemigos." Y yo soy de sentir, Señores, que quando las fuerzas son suficientes para resistir, y fundadas las esperanzas de vencer, se requiera entonces en los Príncipes mas valor aun para ceder por la salud de sus pueblos, que para resistir, y combatir por su defensa. El verdadero valor es la firmeza en el bien, como el falso valor es la firmeza, ó pertinacia en el mal. ¿Y que mayor bien para un Poderoso de la tierra, que librar con pequeños sacrificios á sus súbditos del incendio, y de las violencias de una guerra terrible, y ruinosa? Este es puntualmente el verdadero caracter de la virtud de la generosidad, la qual consiste en sacrificar alguna parte de nuestros derechos por el bien de toda la Sociedad. Generosidad, principal ornamento del trono, y prenda segura del amor de un Soberano para con sus pueblos.

No

No bien comenzaba una guerra, quando en el acto mismo de defenderse, no pensaba MARIA TERESA en otra cosa que en la paz, pronta á interrumpir sus triunfos en la estacion mas oportuna, y aun á demostrarse vencida entre el claro resplandor de sus victorias. "Se ceda alguna cosa aun de mi decoro, decia con ternura á sus Ministros, antes que hacer padecer á mis pueblos. No seré menos estimada por ser Madre mas tierna de mis hijos." Con valor tan prudente, con saber ceder á tiempo, con semejantes sacrificios ¡quantas guerras no previno, no desvaneció en sus principios, é hizo cesasen en su mayor ardor! Toda la Europa, y nosotros, nosotros mismos podemos de ellos dar evidente testimonio. Fué, verdad es, tachada de flaqueza; mas esto es lo que se llama trocar el nombre á las cosas. Jamas á un Príncipe debe llamarse flaco, por saber ceder con prudencia, y á tiempo por la salud de sus pueblos. ¿Quién llamó jamas flaca á una madre, porque sacrificó qualquiera cosa por salvar la vida de sus hijos? "Mis pueblos son mis hijos: debo abstenerme de derramar su sangre." Esta era toda su defensa. ¡O corazon grande, y sensible! corazon verdaderamente de madre!

Este tierno corazon de madre fué el que aten-

atento siempre á defender , y asegurar en las venideras generaciones la tranquilidad de sus pueblos , escribió , y trabajó tanto para extinguir una mal entendida competencia, hasta llegar de una vez para siempre á unirse , y abrazarse los Genios de Borbon , y de Austria , y constituirse una sola Familia de las dos mas poderosas , y esclarecidas de Europa. ¡O pacto , ó alianza , que dió á los Nietos de S. Luis tres Compañeros ilustres , viva imágen de su Augusta Madre! ¡O pacto , ó alianza , á quien tú , Italia mia, eres deudora del mas constante reposo! Aprended , ó Soberanos del mundo : y vos , ó gran Dios , acelerad aquel dia venturoso en el qual los Príncipes de la tierra no tengan entre sí otra competencia , ni otra porfia que la de aventajarse unos , y otros en hacer felices sus pueblos.

Yo soy de sentir , Señores , que nuestra Emperatriz amase , es verdad , la paz en fuerza de la inclinacion natural de su bella índole ; pero que la amase con especialidad , y estuviese pronta á sacrificarlo todo por obtenerla , en vista de aquella gran máxîma que un buen Príncipe solamente en tiempo de paz puede trabajar con libertad , y buen suceso en la feliz exîstencia de sus súbditos. Y nosotros veremos bien presto,
que

que fué tan justa en tiempo de paz en go-
bernarlos , quanto valerosa en tiempo de
guerra para defenderlos. La prudencia de su
valor fue la defensa de sus pueblos. La
justicia de su gobierno formó la felicidad
de sus pueblos.

La justicia no tuvo otro origen que la
bondad. Dios mismo al principio hizo solo
ostension de su bondad ; y si manifestó des-
pues su justicia , fué solo por verse preci-
sado á vindicar su bondad ultrajada. Hubo
Príncipes excesivamente justos , los hubo tam-
bien excesivamente buenos. ¿Qual de ellos
dirémos que fueron los mejores ? Ni los
unos , ni los otros. Porque aquello de ser
justo con exceso , desvia , y disgusta á todo
ánimo bien dispuesto. No quieras ser exce-
sivamente justo , dice el Espíritu Santo. Por
lo qual un Príncipe que sin riesgo de públi-
co perjuicio , estima en mas ser bueno , que
ser justo , agrada , atrahe , y viene á ser
amado aun entre los excesos de su bondad.
Es esta , Señores , una voz de la naturale-
za ; y nosotros mismos , que condenamos
tantas veces la clemencia de los Grandes por
lo que mira á los demas , estimariamos no
poco que se nos tratase á nosotros igual-
mente.

¡O ! que hay malhechores que infestan
la

la Sociedad : en buen hora , quitadles las ocasiones de hacer mal ; pero dexadles vivir , dadles tiempo , y arbitrio de corregirse , y obrar bien. Cosa es que me admira, Señores. Todos los días se promulgan Leyes para castigar los delitos ; mas ¿ no sería mejor promulgar Leyes para impedirlos ? Nuestra Legislacion está llena de venganza , y de sangre contra los delinquentes. ¿ Quanto mas respetable sería , si se adaptase á un modo por el qual viniese á ser inferior el número de los delinquentes ? Una tal Legislacion en manera alguna debe tenerse por imposible. Basta solo conocer los hombres. Esta es la grande arte de reynar : este el gran polo de la educacion de los Príncipes. Conocer los hombres , amarlos tiernamente , saber enlazar el público bien con el interés particular , los intereses de los súbditos con los intereses del Soberano. Sin esto no podrán ser jamas ni los gobiernos justos , ni los pueblos felices.

Intimamente persuadida nuestra Emperatriz á que para gobernar los hombres es necesario hacerlos capaces de ser gobernados , se resolvió primeramente á disipar de todos sus Dominios las densas tinieblas de la ignorancia , de la supersticion , y del error , y hacer resplandecer á los ojos de todos la her-

mo.

mosa luz de la verdad, y de las ciencias, señaladamente de la Moral. No hay cosa mas fácil que gobernar los pueblos asistidos de razon, y de bondad de costumbres; ni cosa mas difícil que refrenar los hombres ignorantes, y de perversas costumbres. A este fin fundó ella misma con régia munificencia en la Capital de la Austria el Teresiano Colegio, donde se sustentase, é instruyese á sus expensas la mas bella delicada flor de la juventud; y llamados de todas partes excelentes Maestros, halló el modo de preparar á los Exércitos, á los Consejos, á los Gobiernos, y á la Corte hombres que supiesen unir la Religion á la Política, el valor á la humanidad, y la justicia á la compasion. Quiso que se abriesen en Viena Cátedras de celestial sabiduría, de donde se difundiesen, y promulgasen las mas sólidas, y seguras doctrinas del Christianismo. Recogió en la Universidad de Pavía Maestros famosos en todo género de literatura; y restituyendo á su áuge primitivo aquel Liceo tan decaído de su antiguo esplendor, del Istro al Pó, donde la Aguila Austriaca va extendiendo sus alas, difundió largamente por medio de la sabiduría las luces, la urbanidad, la decencia, y el amor al órden. Son solo los tiranos los que aborrecen las ciencias, y el tener que en-

entender con hombres ilustrados. Semejantes á aquellos codiciosos , é injustos tutores , que se impacientan sumamente al ver rayar la luz de la razon , y el buen juicio en sus pupilos. Un buen Príncipe , que ama á sus pueblos como padre , busca el modo de ponerlos en razon , para hacerlos felices , gobernándolos con la razon.

No se extendió solamente su maternal providencia á las Ciudades mas populosas, sino es que quiso tambien tuviesen Maestros hasta los lugares mas pequeños , los mas desconocidos territorios , hasta los campos mismos. Ved , Señores , un bellissimo establecimiento digno de una profunda Legisladora , igualmente que de una tierna Madre. Ordenó con sábia ley , que no se admitiesen Maestros para instruir á los niños en los campos , sin que primero los Maestros mismos en un Seminario erigido á sus expensas, no hubiesen estudiado , y aprendido toda la suficiencia que para el digno ejercicio de un tal cargo se juzga necesaria. Allí se forman para su ministerio ; y al tiempo oportuno , prévio riguroso exámen , pasasen á esparcir en medio de los agricultores los conocimientos económicos , y civiles , religiosos , y morales , que son tan necesarios para hacer feliz aquella parte la mas despreciada,

d

da,

da, y la mas útil al género humano. Mas poco conducen las ciencias á hacer felices los hombres, quando á otra cosa no sirven, que á abrirles los ojos para que vean con mas claridad la injusticia de un despotismo que los aflige. Donde todo es pobreza; donde se vive con gran miseria, y los frutos de la industria vienen á ser absorbidos de la prepotencia, y de la fuerza; donde la libertad es un mero nombre destituido de significacion enteramente, allí no es posible que florezcan jamas las ciencias. Para alentar los pueblos á la instruccion, y hacerlos verdaderamente felices, es necesario reglar los tributos, proporcionándolos á las necesidades del Estado, igualmente que á las fuerzas de quienes deben suministrarlos. Vos sabeis, ó Señor, decía el buen Neemías, enviado por el Rey Artaxerxes á gobernar el Pueblo Hebreo, vos sabeis, ó Señor, quanto me he desvelado en aliviar á estos súbditos tanto tiempo oprimidos de la enormidad de los tributos, y de la violencia de las exâcciones: *Ministri gravaverunt populum*. Vos veis mi corazon, y los arbitrios de que me he valido para aligerarles el peso: haced memoria de mí, Señor, y sea esta acerca de un bien proporcionado al que he procurado yo á mis hijos: *Me-*
men-

mento mei in bonum secundum omnia quæ fe-
ci populo huic. Pudo muy bien decir otro
 tanto MARIA TERESA.

Luego que cesó la guerra estos fueron los primeros objetos de su cuidado: disminuir las imposiciones, y prescribir el modo por el qual viniese á ser á los pueblos menos onerosa la percepcion. Este acto de maternal solicitud ocasionó un desfalco grande al Real erario. Pero á la Emperatriz no le da cuidado. En las públicas necesidades del Estado las Provincias, y los Reynos eran los primeros, sin necesidad de excitativo, á exhibir gruesas sumas para repararlas. Así la Flandes en una honrosa exigencia de la Corona. Así la Hungría, que se ofreció espontáneamente á suplir todos los gastos que estaban anteriormente á cargo del Soberano. Quando el pueblo es feliz, y amado el Príncipe del pueblo, las rentas del Príncipe están entonces en su mayor aumento, y gozan del mejor orden. Todo lo opuesto sucede quando reyna la detestable máxima de empobrecer á los súbditos para dominarlos como esclavos: máxima que recae sobre los mismos Soberanos, y los hace pobres por aquella via misma por la qual injustamente quieren hacerse ricos.

MARIA TERESA tenia buen corazon, y

sa-

sabía lo bastanté para comprehender aquella gran verdad : que todo tributo es un hurto manifesto quando no tiene por objeto el bien comun : que los tesoros del Estado son del Estado , y no pueden destinarse sin grave culpa á los placeres particulares , y á saciar la vil codicia de quatro aduladores. Mas ni aun los buenos Príncipes pueden siempre obtener todo aquel bien que quieren ; por lo que deben contentarse con solo aquel bien que pueden. Son muchas veces sorprendidos , son engañados ; pero se distinguen con todo de los malos , ya en la confesion magnánima , ya en la reparacion pronta de sus yerros.

Se impone á los pueblos de Bohemia un enorme tributo , baxo cuyo peso no pueden sostenerse sin quedar aplanados. Discurren fácilmente el modo de verse libres de opresion tan violenta : preséntanse al Trono , y exponen con lágrimas en los ojos su necesidad. Oh , que el Príncipe no se hizo para ceder , hubieran dicho á la sazón los aduladores de la Corte. El paso es dado , sea justo , ó injusto , le retirar el pie , ni lo permite su decoro , ni puede ser , sin que quede la magestad del trono envilecida. ¡O aduladores , apoyos vilísimos de la tiranía , y del despotismo , vos solos sois los merecedores

res

res de que un yugo de yerro os oprimiese!
 MARIA TERESA los escucha, y llora con
 ellos. El tributo queda levantado; y manda
 que no se le hable mas palabra. Dásele á
 entender con suave modo ser ya excesiva su
 condescendencia: "Será asi, responde; mas
 "con solo el rezelo de reducir á mis hijos
 "á vivir en miseria, ¿como podré ser su Ma-
 "dre?" Tienen los Príncipes mil arbitrios de
 hacer felices sus Estados: solo uno de ha-
 cerse felices á sí mismos; y es el de mere-
 cerse el amor, y estimacion de sus súbditos.

Es necesario desengañarse en este punto
 por otro capítulo: todos los tributos, por li-
 geros que sean, serán siempre excesivos quan-
 do el pueblo se halle por su pobreza en la
 fatal constitucion de no poder sin grave in-
 comodidad pagarlos. Si la agricultura es
 despreciada, si está debilitado el comercio,
 si con la escasez de fondos compite el luxo
 de los ciudadanos, por mas que la discre-
 cion regule los tributos, reducirán en pocos
 años el Estado á una total aniquilacion. ¿Y
 que es lo que hace nuestra Madre? Vedla
 en movimiento para fomentar la industria de
 sus hijos, y hacerlos felices con hacerlos ri-
 cos. Llama de nuevo á los desertores de sus
 tropas, absuélvelos á todos para siempre de
 la terrible pena de muerte; y no solamente
 á

á estos, sino es tambien á otros muchos de sus soldados les promete su benevolencia, con tal que se dediquen al cultivo de los campos, manantial principalísimo de nuestra temporal felicidad. Hubiera querido desde luego restituir en tiempo de paz á tantos hombres á la sociedad, que están ociosos sobre las armas; pero oponíasele el actual sistema de Europa: sistema que será sin duda algun dia conocido, y abolido, quando se conocerán los verdaderos intereses de los Soberanos, y de los súbditos.

Ordena baxo gravísimas penas que se administre á todos, señaladamente á los habitantes del campo, pronta, y expedita justicia, para obviar el que estos miserables consuman á las puertas de los tribunales aquel tiempo que es tan útil al bien del género humano. Da libertad á los esclavos míseramente asidos á la cadena, bien persuadida de no hallarse industria alguna donde no hay mas que opresores, y oprimidos. Refrena con severos castigos, aun en las personas de mas alto grado, aquel género de diversiones, que solo sirven de destruir, y frustrar las fatigas, y sudores de los labradores infelices. Y si despues no corresponde alguna vez la cosecha á las esperanzas del labrador, y amaga la hambre á las familias

ino.

inócentes, en todas partes están prontos los socorros de MARIA TERESA; y ven aquellos miserables levantarse del seno mismo de la penuria la abundancia. Todos lloran de ternura, y la van llamando con el dulce nombre de Madre.

¿Y que no obró para hacer en sus Dominios vivo, y floreciente el comercio? Rebaxó los derechos del fisco para facilitar el despacho á las mercaderias: aceleró el curso de los rios: estableció en todas partes manufacturas excelentes; promulgó las mas acertadas leyes, que al paso que hiciesen de mejores costumbres á sus súbditos, los hiciesen tan bien mas ricos. Abrévio mi decir: baxo la justicia de su gobierno se ve nacer un nuevo orden de cosas; hasta llegar á merecer el glorioso renombre de la verdadera Reparadora de la Austriaca Monarquía.

Convengo tambien yo con vosotros, Señores, en que MARIA TERESA ni podia todo emprehenderlo, ni executar lo por sí misma. Tuvo grandes Ministros; pero supo conocerlos, supo tambien formarlos; inspirando en sus corazones aquel mismo amor tierro que le estimulaba á procurar con tanto ardor el bien de sus hijos. No exigen los pueblos á sus Soberanos, que lo hagan por sí todo; no exigen ni talentos superiores, ni

tra-

trabajo excesivo, ni génio que despierte la admiracion, no: pídenles rectitud de corazon, vigilancia, firmeza, y buena voluntad. Y un Príncipe, que no ama sino el bien, ni quiere sincéramente sino el bien, con facilidad encuentra Ministros que le sigan, y contexten á sus piadosos designios.

¿Y quien no habia de seguirla, y contextarla en sus maternos cuidados, siendo ella misma la alma, y el espíritu regulador de todas las empresas? Siempre vigilante, siempre incansable; siempre encendida en el amor del público, meditar por exemplo, y dirigir los más benéficos, y honestos proyectos, y sugerir los medios de practicarlos: velar igualmente á las comunes, que á las particulares indigencias: manejar con las Cortes extrangeras los negocios más delicados, y salir siempre mucho mejor con su candor, ingenuidad, y buena fe, que con las tramas, y artificios de la más refinada política: abandonar frecuentemente la Capital, y la Corte, y visitar ya una, ya otra de sus Provincias, explorar los desórdenes, y remediarlos, oír á todos, y dexar en todas partes bien impresas las huellas de su maternal providencia. ¿Quien pidió jamas justicia, y no la obtuvo? ¿quien deseó el hablarla, y no fué oído? ¿quien expuso sus
aflic-

aflicciones, y no fué acogido con ternura de madre? ¿quien partió de sus pies, y no partió consolado? Prevenia hasta las súplicas de los infelices: adivinaba los secretos de su miseria. No parecia la Soberana, si no es la amiga, y la madre de todos los miserables.

Sintió, para abreviar, aquella virtud que tan dificilmente se halla en los Grandes, la compasion; y ésta vino á ser en su bello corazon tan oficiosa, que se reputaron sus mas bizarras liberalidades por muy ténues á vista de su beneficencia. "Desde el punto que yo soy Soberana no soy mas de mí misma, solia decir esta gran muger, sino toda de mis hijos. Mis riquezas, el tiempo mismo que Dios me concede, no es mas mio; sí que se debe todo á mis pueblos." ¡O Madre, que no es mas, ni será mas en lo por venir que un precioso ornamento á la Historia, y un claro exemplo á los Soberanos del mundo!

Qué maravilla pues que la adorasen sus súbditos como á una deidad tutelar. Qué maravilla que solo al temor de perderla, el susto, el sobresalto, y el horror ocupasen el ánimo de sus hijos, y fuese reputado su peligro como la mayor de las públicas calamidades. La dulzura, la mansedumbre, y la

e

be-

beneficencia logran un grande imperio en el corazon humano. Un gobierno justo, y tranquilo, el poder acompañado de la bondad suaviza, y rinde los ánimos mas feroces. Amamos naturalmente á nuestros Príncipes: mas un Príncipe que nos haga felices, falta poco para que le constituyamos como deidad, objeto de nuestro culto.

Yo os he mostrado, Señores, en nuestra Emperatriz una Madre de sus pueblos: una Madre, que los defendió con la prudencia de su valor, que los hizo felices con la justicia de su gobierno; y con todo hasta ahora nada os he dicho. No os he mostrado todavía aquel divino manantial de donde recabó tanto caudal de luz para conocer sus obligaciones, y tanto esfuerzo para practicarlas: aquel divino manantial, del qual extraxo tantas virtudes para obrar cosas tan grandes. Nada os he dicho todavía de su religion, y de su piedad.

Veo, Señores, ó pareceme ver á esta gran Muger en sombra gloriosa, que girando al rededor de esta pompa lúgubre, va diciendo en voz alta á los Soberanos, y á los pueblos: *«Temed á Dios, y seréis felices.*» Sin religion no puede darse verdadera felicidad. ¿Y que me valdria en el dia de hoy haber dexado un gran nombre, si la

»re-

« religion no me hubiese engrandecido de-
 « lante de aquel Dios que otra cosa no co-
 « noce de grande que la piedad? ¿ De que
 « me valdrian la admiracion, y los elogios
 « del universo, si hubiese de tener la infeliz
 « suerte de ir allá con los Poderosos á ser
 « potentemente castigada? *Et nunc Reges in-*
 « *telligite; erudimini, qui judicatis terram?*
 Esta es la grande gloria de nuestra Heroi-
 na, esta la corona de sus virtudes, y la
 suma de su elogio: que si su valor fué la
 defensa de sus pueblos, su gobierno la fe-
 licidad de sus pueblos, su piedad principal-
 mente fué la edificacion de sus pueblos.

Entendámoslo de una vez, Señores: la
 religion, y la piedad son una indispensa-
 ble necesidad del hombre; porque á la ver-
 dad, así como tenemos necesidad de alimen-
 to para vivir, así tenemos tambien necesi-
 dad de religion para vivir felices. ¿ Que ma-
 yor extravagancia que querer asegurar nues-
 tra felicidad substituyendo la Filosofia á la
 Religion? Ello es realmente querer alimen-
 tarse de ayre en vez de manjares substan-
 ciosos, y robustos. Siéntome por extremo
 flaco, y débil, véome herido, y llagado
 lastimosamente: ¡ misero de mí! ¿ Mas quien
 me subministrará el remedio para sanar?
 La Filosofia, la Filosofia, me van diciendo
 los

los Maestros del siglo; però yo no encuentro en los Filósofos mas que palabras: bellas palabras, grandes máximas, excelentes preceptos; y entre tanto, ¿donde está el esfuerzo para practicarlos? Medicina empírica, que en vez de mejorar mi mal, no haces otra cosa que empeorarlo. ¡Ah vana Filosofía! ¿No te basta vernos débiles, y heridos, sino que quieres hacernos tambien orgullosos, y soberbios? Sola la Religion puede sanarnos por la virtud de aquel Dios que fortifica á los débiles, y sana á los contritos de corazon.

¶ Pero si la Religion es necesaria á todos, eslo particularmente á los Soberanos, por ser en ellos una parte principalísima de aquella justicia que constituye el caracter esencial de la soberanía. No pueden los Príncipes exterminar todos los malos: vendria á parar sin duda el mundo casi en una vastísima soledad. Castíguenlos por lo menos con su piedad, con los actos públicos, y singularmente con su edificativa religion. Ello es cierto que es un castigo para los impios, obligarlos á que oculten á lo menos á los ojos del mundo toda su iniquidad, precisarlos á esconder su libertinage, y condenar á las tinieblas aquella impiedad, que tanto desearian ellos conducir en triunfo para lograr sequaces. De este modo exercitaba tambien

bien

bién un Rey Profeta su justicia, y castigaba á los delinquentes de sus dominios.

¡O piísima, y religiosísima Emperatriz, quién bastára á expresar en qué grado fuese vuestra piedad la edificacion de los pueblos, llenando á los malos de confusion, de aliento, y de consuelo á los timoratos, y virtuosos! ¡Quanta continuacion en los ejercicios de religion, y cuántos fervor en practicarlos! Era de verla ya en su Oratorio, ya en las públicas Iglesias estarse humilde, modesta, y llena de una verdadera compuncion delante de aquel Dios, que es el Juez de los Soberanos, asistir con lágrimas á los divinos misterios, y constituirse espejo á sus pueblos de aquella piedad, que es el verdadero caracter del Christiano. Freqüencia de Sacramentos, abundantes preces, leccion de libros santos, coloquios devotos con personas virtuosas, eran todas sus delicias, sin apartarla jamas de sus obligaciones. No se podia hacer recuerdo de MARIA TERESA sin hacerle al mismo tiempo de su christiana piedad. Los Cortesanos estaban de ella tan persuadidos, que creian firmemente ser el único arbitrio de merecer sus beneficencias. ¿ Quien osó jamas hablar en su presencia en materia de Religion sin el más profundo respeto? ¿ quien la trataba familiar-

men-

mente, que no se preciase de timorato? Con el exemplo de su piedad ; quantos Hereges no reduxo al grémio de la Católica Iglesia! ; quantos abusos , y desórdenes no exterminó, que no habian podido arrancar jamas todas las leyes!

Procurad buenas costumbres á los pueblos, y no habrá necesidad de tantas leyes. Las buenas costumbres sin leyes hacen los pueblos santos : son vanas , é inútiles por el contrario todas las leyes sin bondad de costumbres. Mas las costumbres buenas, virtuosas , y santas , solo las puede dar la Religion ; y nunca es mas eficaz la Religion, que quando se imprime ésta en los subditos en fuerza del exemplo de sus Príncipes. Se presenta á la sazón á aquellos en el aspecto mas amable , y persuasivo ; y parece que Dios mismo se ostenta en cierto modo mas grande á los ojos de los pueblos , quando lo ven con tanta pureza , y devocion adorado de sus Soberanos.

Veía la Europa en medio de las guerras mas sangrientas triunfar á nuestra Heroína , su trono asegurado , ahuyentados , y confundidos sus enemigos , y con el número de las batallas multiplicarse el de sus victorias. La Europa , y el mundo lo atribuían acaso á la política del Gabinete , á la pericia

cia

cia de los Generales, y al valor de sus tropas. ¿Mas quien podrá contradecirme si dixese que su piedad fué la principal causa de sus triunfos? Esto es lo que sabemos por lo menos, que en aquellos terribles momentos en que sus legiones éran á punto de batirse con el enemigo, y decidir la suerte de tantos Estados, fué vista nuestra Emperatriz pasar las noches enteras postrada de rodillas sobre el desnudo suelo, rogando al Dios de las Batallas por la fortuna de sus éércitos. De este modo, qual nuevo Moisés con las manos levantadas sobre el monte, infundia consejo á sus Capitanes, y á sus tropas valor, y fuerza para sostener con gloria la justicia de su causa. esto es lo que Veía la Europa en tiempo de paz reposar sus pueblos en el seno de la abundancia, dilatarse el comercio, crecer con nuevo vigor la industria, florecer las artes, y las ciencias, y baxo un gobierno tan agradable como justo, toda la Nacion como una sola familia, reconocer su felicidad dimanada de las solicitudes amorosas de esta Madre. Y ved aquí, decian los sábios del siglo, ved como las Luces de la Filosofia comienzan ya á brillar sobre el trono; ved el nuevo sistema de una feliz política económica, que tiene por basa el amor á la hu-

humanidad, dado á la luz en el gobierno de MARIA TERESA: ¿Y porque no deberian antes decir: ved los sólidos frutos de su religion, y de su piedad?

Tenia nuestra Emperatriz en cada un mes algunos dias destinados á un santo particular retiro, donde se recogia á consultar á solas con Dios sobre el modo mas acertado de cumplir fielmente con sus obligaciones. Baxaba casi todos los dias festivos, donde se detenia por algunas horas, al panteon de sus grandes Predecesores; ¡mas delante de qué objetos, absorvida toda en las mas sérias meditaciones, dirigia sus fervientes súplicas al Padre de las luces! No otros que la urna fúnebre que encerraba las cenizas de su Augusto Esposo, y aquella otra á su lado preparada, donde habian de depositarse algun dia, y se depositan ya hoy las suyas. "Y ve aquí, se decia á sí misma, aquella grande alma, ve aqui el término de los Reyes, y de los Reynos; pocas cenizas reducidas á breve espacio. Ve aquí todo lo que te queda de un Esposo que amaste con tan cordial ternura; y ve aquí el lugar donde serás bien presto semejante á él. No pasará mucho tiempo en que vendrán otros á rogar por mí á este sitio mismo donde estoy yo ahora rogando.

"Pe-

„Pedirán paz á mi espíritu : ¿ mas quien me
 „asegura que será digno de paz ? Quedarán
 „grabados sobre esta lápida el cetro , y la
 „corona , vanos indicios de mi pasada gran-
 „deza ; la alma sola , de todo terreno lustre
 „despojada , deberá comparecer delante del
 „Juez eterno. ¿ Quien podrá aplacarlo por
 „mí ? quien hacerme acepta á sus ojos , y
 „quien hacerme digna de su misericordia
 „si no es solo aquel bien que por amor de
 „Dios hubiese dispensado yo á mis pueblos ?”

¿ Y quien sabrá decirme , Señores , si del
 seno de la muerte meditada de este modo,
 no sacaria aquellas luces que la conduxeron
 en todos los pasos de su gobierno , y la
 hicieron tan famosa en hacer felices sus pue-
 blos ? ¡ Dios inmortal ! ¡ que religion , y que
 piedad la suya , que Sacramentos recibidos
 con tales disposiciones ! No era la piedad
 de MARIA TERESA una piedad de sola apa-
 riencia , una piedad mal entendida , una pie-
 dad de solo culto exterior. Era una piedad
 esclarecida , una piedad edificante , radica-
 da en el corazon , y apoyada á las puras,
 y sólidas máximas de la christiana moral.
 Era una piedad que la desprendió de to-
 dos los bienes de la tierra , que jamas amó
 sino para dispensarlos á los miserables. Pie-
 dad que le hizo exercer todas las obliga-
 ciones de Soberana , de Esposa , y de Ma-
 dre,

dre. ¿ Quien amó con mas fina ternura á un Esposo que le destinó el Cielo, tan digno por sus soberanas prendas de su amor? ¿ Mas que dolor sería tan acerbo verlo improvisamente morir á sus ojos una tarde, y llevarse consigo tanta parte de ella misma? No menos que todo el lleno de su piedad habria menester para no desfallecer con tan fatal golpe. ¿ Que lágrimas, que gemidos no subieron al Cielo? ¡ Pero con que resignacion tan christiana no ofreció al mismo tiempo al Dios de sus padres holocausto tan sangriento!

Qual Madre ella fuese, preguntadsele á toda la Europa, donde sus hijos ocupando los tronos mas brillantes, la manifiestan al mundo con la humanidad, con la compasion, con la beneficencia, por lo que son objeto á las Naciones, y á los pueblos de admiracion, y de amor. En suma toda su piedad no hizo otra cosa que tenerla siempre unida á Dios, para hacer bien á los hombres. Esta, esta es sola la verdadera piedad. Toda piedad que olvida las obligaciones, y rehusa, pudiendo, de hacer bien á sus hermanos, no puede ser sino una falsa piedad; usurpa el nombre de piedad, y desdora la religion.

Mas ¿ para que detenerme en persuadir la piedad de nuestra Emperatriz, quando en

un

un solo argumento sobra con toda claridad á demostrarlo? A su muerte, á su muerte, Señores; á aquel terrible momento, que es el compendio de toda la vida, y en el qual sin velo se manifiesta el verdadero caracter de los Soberanos. Y porque no puedo yo levantar tan alto la voz que me oigan todas las Naciones, todos los Príncipes de la tierra, y todos los Maestros de la mundana Filosofía, á quienes llamo en esta hora á ver como se muere, solo apoyada á la religion, una de las mas grandes Soberanas del universo. Atrévome á decir, oyentes, que si la piedad esclarecida de MARIA TERESA fué en vida la edificación de sus pueblos, fué en muerte la edificación de todo el género humano.

Sorprehendida, ó por mejor decir acometida lentamente, y vencida al fin de una enfermedad incurable; mientras todos se lisonjean con bellas esperanzas, sola MARIA TERESA se persuadió á que moria. ¿Y quales fueron sus ocupaciones en los últimos dias de su preciosa vida? No otras que las de una Princesa Christiana, y de una Madre de sus pueblos. Los exercicios de religion, y las obligaciones de la Soberanía absorbieron todo el tiempo: asistir con devota atencion al incruento Sacrificio, y despachar los negocios de la mayor importancia.

cia : regalarse tiernamente con Dios en devotos coloquios ; y pasar despues á conferir reservadamente con su Augusto Hijo, sucesor, y heredero de sus Dominios, y de sus virtudes. ¡Que lástima no estuviese presente todo el mundo, y supiese los importantísimos objetos de tales conferencias!

Conocia MARIA TERESA muy por menor todos sus Reynos, lo fuerte, y débil de sus Provincias, el génio, é índole de las Naciones sujetas á su imperio, y el modo de gobernarlas. Acaso trató de esto con el Hijo, y sus coloquios otro objeto no tuvieron que la felicidad de sus súbditos, y la felicidad de la Europa. ¡O bello morir de un Príncipe, exhalar el último aliento hablando de los medios de procurar la felicidad de sus pueblos! Y quando hablaba de estas cosas, ¿que plazos os parece le quedarían de vida? Dos dias tan solos.

Ni creais, Señores, que fuese su enfermedad una enfermedad de pura flaqueza, que destruyendo poco á poco la máquina, introduce casi insensiblemente la muerte. No: Era una enfermedad violenta, que oprimiendo la respiracion en su mismo origen, la afligia con dolores tan terribles, y fieros parasismos, que se veían correr copiosos sudores frios por el rostro, y parecia en cada momento rendir su espíritu al Criador. Pe-

ro de tan heróyco sufrimiento en tanto padecer , que ni prorumpió en un lamento , ni se le notó la mas leve sombra de impaciencia , y solo se oían de su boca estas palabras : *Soy en vuestras manos , ó mi Dios*: y si alguna vez se queja , protexta no dolerse de sus penas , sí de la afliccion solo que produce en los ánimos de los circunstantes.

Pide se le administren los últimos Sacramentos , y al recibir la extrema Uncion desea tener presentes á sus Augustos Hijos. "Vean mis hijos , dice la buena Madre , vean »adonde vienen á parar las grandezas del »mundo , y aprendan á ser grandes con la »religion , y con la piedad." ¡Que espectáculo , oyentes , ver tan numerosa , tan amable , y tierna sucesion al rededor del lecho de una Madre que muere ! Por toda aquella lúgubre estancia no se ofrecian á la vista , y á la consideracion sino imágenes luctuosas , y funestas. Apoderada de todos los semblantes la palidez , sumergidos los ánimos en una profunda tristeza , y un silencio melancólico , interrumpido á veces de los sollozos , y gemidos. Sola la Emperatriz está serena , y tranquila ; y convirtiéndose á sus Hijos con entereza christiana , les habla de este modo : "Queridos Hijos mios , »jamas os he amado tanto como os amo en

» es-

„esta hora, y con todo os dexo tranquila,
 „porque he hecho de vosotros al Señor
 „aquel sacrificio, que me cuesta más que
 „todos. Imprimid en vuestros ánimos pro-
 „fundamente las últimas palabras de una
 „Madre, que ya no veréis mas. Sed religio-
 „sos, sed pios: haced á los hombres todo
 „el bien que podais, y seréis felices. Acor-
 „daos de una Madre, que en el acto mis-
 „mo de dexaros para siempre, os da con lo
 „mas vivo del corazon su maternal ben-
 „dicion.”

César quiere responder por todos; mas
 halla embargada la expresion de la lengua
 en los sollozos, y gemidos: lanza de lo mas
 íntimo del corazon un ay dolorosísimo: ar-
 rójase precipitadamente á los pies de la Ma-
 dre, le estrecha la mano, y la baña con
 sus lágrimas. “Cesad, ó Hijo, responde la
 „Emperatriz, porque vuestro dolor podría
 „tal vez desviarme de aquellos propósitos
 „que he hecho á Dios de una christiana re-
 „signacion. Si me amais, amad mis pue-
 „blos, de quienes quanto antes formaréis el
 „destino.”

Qué espectáculo fuese este, Señores, de-
 berémos colegirlo de nosotros mismos, que
 solamente al oirlo nos hemos enternecido,
 y conmovido, y nos cuesta no poca violen-
 cia contener el llanto. Y despues de una es-
 ce-

cena tan luctuosa, y triste, MARIA TERESA se pone á escribir: arregla varios negocios, en la firme persuasion de no poder la muerte hallarla en situacion mas oportuna que aquella en que se ocupaba en desempeñar las obligaciones de Soberana, y de Madre.

Entre tanto en la Corte, en la Capital, y en todas aquellas partes adonde arribó la triste nueva de su peligro, todo es trastorno, consternacion, y sobresalto. Oíanse gritos en las Iglesias llenas de suplicantes; y las viudas, los huérfanos, los desconsolados pupilos, y los pobres de toda clase alzaban al Cielo sus voces, interrumpidas de sus gemidos, implorando la salud de su comun Madre. Parecia Viena una Ciudad tomada por asalto, y próxima á su extrema ruina. Mirábanse los unos á los otros con mucho asombro; y la palidez, y decaimiento de los semblantes daba bien claro á entender la profunda tristeza de sus corazones. Sola MARIA TERESA está serena, y tranquila, y habla de su cercana muerte qual si fuese de algun viage que hubiese de emprender, ó de alguna feliz mudanza que la estuviese aguardando.

Mas ¿de donde, oyentes, provendria en medio de tanto peligro una tal serenidad? De su religion, de su piedad. ¡Ah Señores míos! no otro que el justo goza la prerogativa

tiva sin igual de morir verdaderamente tranquilo. Sola la virtud christiana puede concedernos el privilegio de no temer la muerte. "Ha muchos años, dice nuestra Emperatriz, que me preparo á morir. He suplicado siempre á mi Dios la gracia de morir tranquila. Parecíame cosa difícil de obtenerse; pero ahora veo, que con la gracia divina todo se puede. Habréme engañado, y habré faltado muchas veces; mas Dios es testigo, que en todo el tiempo de mi gobierno no he deseado, ni buscado mas que el bien. Su misericordia es infinitamente superior á todas mis flaquezas: en sola esta misericordia estriba toda mi confianza." Ved aquí el verdadero origen de su tranquilidad.

Mas la hora terrible se llega de su triste partida, y halla preciso disponer todo lo necesario á sus exêquias. Señala en el Ritual de la Iglesia las preces que han de rezarse en su agonía; y hace le lean en uno de aquellos libros espirituales en que suele pintarse la muerte misma con los mas vivos colores. Quien lee omite algunos pasages que le parecen muy terribles. La Emperatriz lo echa de ver, y dice: "No, no omitais ya cosa alguna, volved á leer desde el principio." La leccion viene á ser interrumpida de los gemidos del que lee. "Sosegaos pues, replica

"es-

„esta gran muger , y volved despues á leer
 „de nuevo.” En su extrema flaqueza pare-
 ce que el sueño la asalta ; pero ella emplea
 todo el débil esfuerzo que le resta , para des-
 echarlo lejos de sí. Ruéganla que no resista,
 con la esperanza de algun alivio. “¿Como
 „quereis que yo duerma , responde la in-
 „victa Heroína , esperando por momentos
 „el comparecer al divino Tribunal á ser juz-
 „gada ? Temo el sueño , y no quiero ser sor-
 „prehendida : quiero ver la muerte en sí mis-
 „ma , y experimentar todo su rigor por amor
 „de aquel Dios que murió primero que yo.
 „Presentaré á su terrible aspecto este ama-
 „ble Crucifixo ; y si él murió por mi amor,
 „cosa es justa , que me saboree yo con la
 „muerte por su amor.”

Mas ¿donde estamos , Señores ? ¿Esta-
 mos acaso en las cuevas , ó en los desiertos,
 viendo morir á alguno de aquellos rígidos
 solitarios que pasaron toda su vida en ayu-
 nos , en vigiliass , en oraciones , y en otros
 ejercicios de la mas austéra penitencia ? Mas
 no. ¿Estamos en una de las mas brillantes
 Cortes del mundo : asistimos á la muerte de
 una Emperatriz Reyna , que en medio de las
 delicias , de las grandezas , y del respeto de la
 Europa toda , supo vivir , y morir como Chris-
 tiana. Ni creais , Señores , sean estas adulacio-
 nes , ó entusiasmo de Orador enardecido : son

verdades históricas, que nos fueron comunicadas por aquellos mismos que las vieron con sus propios ojos, y fueron en gran parte el objeto de su piedad edificante. Y si así muere una tan poderosa Soberana, ¿qué excusa habrá para nosotros? Aun en la Corte, aun sobre el trono se puede vivir, y morir santamente. En qualquier suerte, estado, y condicion tenemos preservativos contra todas las tentaciones, remedios en todos los peligros, y gracias para todas las obligaciones. Nosotros, nosotros somos los que no queremos aprovecharnos de estos tan importantísimos arbitrios. Levántase en pies, como en ademán de encaminarse á su glorioso destino, la moribunda Soberana: pronuncia estas palabras: "Vengo, Señor, á vos: piedad de la pobre alma mia:" déxase caer sobre su asiento, y muere.

A la ruidosa nueva de su muerte alérase la Europa toda: levántanse los Príncipes de sus sólios: deponen sus vestiduras de alegría; y extendiendo desde allá la vista, y la consideracion al frio cadáver: Murió, dicen, la bienhechora del género humano, la gloria del sexô, y el honor del trono. Mas ¿quien podrá delinear la consternacion, y asombro de sus pueblos? Y si fué tenido siempre por el mejor de los Príncipes aquel que recaudó en su muerte, de sus súbditos

mas

mas abundante caudal de llanto : ¿que Princesa sería MARIA TERESA , en cuya muerte parece cegaron todos los ojos , y un pálido horror ocupar las Ciudades , las Provincias , y los Reynos ? Por todas partes se oían aquellas tiernas voces acompañadas del mas amargo llanto : *Con que murió ya nuestra Madre.* Todo elogio queda cortó , alabando á la Emperatriz MARIA TERESA. ¡O vida gloriosa ! ¡O muerte digna de eterna memoria ! Mas vida muy breve , y muerte muy precipitada. ¡Que torbellino nos arrebató una vida que parecía destinada á completar el ornamento , y gloria de este siglo. Dios , Señores , el Soberano de los Reyes , que es Señor igualmente de sus vidas que de sus haciendas , y árbitro de sus personas , y de sus fortunas. Y si al imperio de su divina Omnipotencia caen en medio de su carrera los mas elevados personajes , y bienhechores mas ilustres del género humano. ¿ que no deberemos temer nosotros , hombrecillos miserables ? Hagámonos á lo menos dignos de morir con la muerte de los justos , y sea semejante al de ellos nuestro fin.

A este gran Dios dirijamos nuestras súplicas , para que acoja en su santa gloria la alma grande de nuestra Emperatriz , pasando despues á esparcir flores , y derramar lágrimas sobre aquella honorífica tumba , que
en-

encierra despojos tan preciosos. Es muy justo que se honre su nombre, grabándole en mármoles, y bronces: que se aplaudan sus virtudes, y sirvan á los Soberanos de exemplo, y modelo para imitarlas. Mas perecerá todo esto con el transcurso del tiempo. Solo la memoria de MARIA TERESA no puede perecer jamas. Queda bien impresa en el corazon de sus súbditos, y pasará de generacion en generacion hasta la mas remota posteridad. Sí, aun despues de muchos siglos se dirá, que fué MARIA TERESA la verdadera Madre de sus pueblos, porque los defendió, porque los hizo felices, porque los edificó. Los defendió con la prudencia de su Valor: los hizo felices con la justicia de su Gobierno; y los edificó con su esclarecida Piedad. Diráse, que en el siglo décimoctavo salió la naturaleza en cierto modo de sus límites; ó bien que el Autor mismo de la naturaleza tuvo la complacencia de unir una alma extraordinaria á un cuerpo femineo, y colocarla como sol refulgente, y benéfico sobre el trono, para que fuese á un tiempo espectáculo, delicia, y consuelo de la pobre humanidad. Y se dirá finalmente, que su muerte fué pérdida para la Religion, para el Imperio, y para el género humano: pérdida, que sería irreparable, á no haber dexado un Hijo digno de ella misma.



